

---

## LIBRO

---

Manuel Tironi Rodó y Fernando Pérez Oyarzún (editores),  
*SCL / Espacios, Prácticas y Cultura Urbana*  
(Ediciones Arq, Escuela de Arquitectura, Universidad Católica de Chile, Serie  
Teoría y Obra Volumen 9, 2009), 223 páginas.

### ***SCL / ESPACIOS, PRÁCTICAS Y CULTURA URBANA*** de MANUEL TIRONI Y FERNANDO PÉREZ (editores)

**Alfredo Jocelyn-Holt**

Resulta significativo que muchos libros referidos a la ciudad de Santiago de Chile se propongan enfocarla desde sus márgenes, o bien, opten por visualizarla descentrada, sin ejes, o con múltiples ejes pero sin uno específico que los articule y mande. Dada la frecuencia de este enfoque puede que estemos ante una larga tradición, no una pura coincidencia, si es que no una característica esencial de Santiago con la que aún no nos comprometemos ni aceptamos como propia.

Un primer ejemplo lo proporciona la *Historia Crítica y Social de la Ciudad de Santiago* (1869), obra canónica a estas alturas, en que Benjamín Vicuña Mackenna, pronunciándose sobre los motivos que tuvo Pedro de Valdivia para fundar la ciudad, insiste en que en este valle terminaba el antiguo dominio de los incas, hasta aquí uno podía encontrarse con toponimia “índica” (“Mapocho”), con sometimientos típicamente incásicos (el “mitimaes” de Talagante), y con poblaciones bajo el dominio de “jefes políticos” no locales (Vitacura, “un noble del Cuzco”)<sup>1</sup>. El alcance es llamativo. Da a entender Vicuña Mackenna que

---

ALFREDO JOCELYN-HOLT. Historiador; D. Phil., Oxford. Profesor de la Universidad de Chile.

<sup>1</sup> Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia Crítica y Social de la Ciudad de Santiago* [1869], reeditada como *Historia de Santiago* en los volúmenes X y XI de sus *Obras Completas* (Universidad de Chile, 1939), pp. 27-31.

la fundación de Santiago obedecería a una simple sustitución de ejes imperiales. Lejos de querer constituir un centro autónomo donde antes no existía uno, lo que se habría pretendido era resignificar tentáculos hasta ahora indígenas, convirtiéndolos a patrones occidentales (la ciudad) manteniendo, sin embargo, el núcleo vital y neurálgico (el propiamente metropolitano) fuera y lejos, en el Perú o en la Península. La inferencia es obvia: debido a esta dependencia nunca llegamos a tener ciudades pujantes bajo la Colonia.

Algo similar vuelve a suceder leyendo *Recuerdos del Pasado* (1889) en que Vicente Pérez Rosales, en la primera página, recurre a esa magnífica e inesperada imagen en mosaico de los cuatro vertederos que flanqueaban los cuatro puntos más extremos de la ciudad en la época de su temprana juventud: “al norte el basural del Mapocho; al sur el basural de la Cañada; al oriente el basural del recuesto del Santa Lucía, y el de San Miguel y San Pablo al occidente”<sup>2</sup>. Irónico o no el sentido que se le quiere dar, la imagen con que Pérez Rosales da comienzo a sus memorias es, por decir lo menos, miserable y desvertebrada. No como uno supondría que el siglo XIX, orgulloso de sí mismo, gustaba representar a las ciudades, menos la propia.

Sí, en cambio, más afín a cómo nosotros las “vemos” y apreciamos de un tiempo a esta parte. En efecto, en un texto más reciente —las lúcidas columnas de prensa recopiladas en *Santiago de Memoria* (1997)—, Roberto Merino, su autor, sugiere, desde la primera frase, que para conocer una ciudad, más que ubicarse, hay que “perdersé”, deambulando, extraviándose, por calles peligrosas “donde la vida vale poco”, entre “avenidas vacías, negocios cerrados, departamentos miserables y redes de alcantarilla”, allí donde se respiraría la auténtica ciudad —la ciudad vientre—, no la oficial. Ángulo —Merino nos recuerda— no desconocido, al contrario, recurrente, casi convencional, diestramente manejado por los mejores retratistas del Santiago contemporáneo. Tal como aparece, por de pronto, en *Largo Viaje*, la película de Patricio Kaulen, en las semblanzas de barrios bravos que hace Joaquín Edwards Bello, y en esos extraños enfoques de la capital, versión subterránea, de

---

<sup>2</sup> Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado* [1889] (Buenos Aires, 1946), p. 1.

dos otros autores muy notables, Gómez Morel en *El Río* (1962) y Ricardo Puelma en su no menos memorable *Arenas del Mapocho* (1941)<sup>3</sup>.

Perspectivas narrativas y analíticas, por último, análogas a las que podemos apreciar en el original “catastro” clasificatorio que aporta el ensayo *La Muralla Enterrada* (2001) de Carlos Franz en el que a la ciudad de Santiago se la ausculta desde múltiples lados a partir de setenta y tres novelas santiaguinas “situadas” en distintos barrios, espacios reales y metafóricos (la Chimba, el Centro, el Barrio Estación, el Matadero, el Zoco, la Ciudad de los Césares y el Jardín Utópico) que permiten adentrarnos en ese constante juego entre lo visible e invisible, lo enterrado e imbunche aún por develar, con que hemos ido construyendo nuestro más vívido mapa mental de la capital<sup>4</sup>. No sería la ciudad supuestamente “tal y cual” —en sentido positivo rankeano (“wie es eigentlich gewesen ist”)—, por tanto, lo que debiera interesarnos sino la urbe que no termina aún por descifrarse, la ciudad laberíntica todavía permeable a infinitas interpretaciones abiertas, no unívocas.

En consecuencia, que en *SCL / Espacios, Prácticas y Cultura Urbana* nos volvamos a encontrar con un Santiago dislocado, tendencia que seguramente se va a profundizar aún más en el futuro, no debiera sorprender al lector. Por lo visto, esta perspectiva rompecabezas no tiene nada de inédita. Santiago se presta, como pocas otras ciudades, para miradas esquinadas y en oblicuo. Lo cual —y esto es lo que verdaderamente importa— pondría en fuerte entredicho su sentido más clásico y axial como en el de aquella otra imagen, supuestamente la prototípica, en que la ciudad emerge ordenada y racional desde sus ejes privilegiados e “irradiadores”: el cuadrículo o damero fundacional, la Plaza de Armas, y/o las tradicionales ocho cuadras a la redonda<sup>5</sup>. Es meritorio, pues, que el libro vuelva a proponernos esa vieja tensión irresoluta entre una ciudad axiológica, planificada, que aspira a “ser” según claras jerar-

---

<sup>3</sup> Roberto Merino, *Santiago de Memoria* (Santiago, 1997), pp. 11-12.

<sup>4</sup> Carlos Franz, *La Muralla Enterrada* (Santiago, Ciudad Imaginaria) (Santiago, 2001).

<sup>5</sup> Por ejemplo, el famoso mapa de Santiago con que Alonso de Ovalle “ilustra” la ciudad en su obra *Histórica Relación del Reyno de Chile* (publicado en Roma en 1646). Ahondo en el carácter “crecedor” e imaginativo de este plano (a todas luces una invención idealizada), amén de paradójico —un año después un feroz terremoto devastó la ciudad— en Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, *Historia General de Chile. 3. Amos, Señores y Patricios* (Santiago, 2004), pp. 159-169.

quías y valores *versus* una ciudad que simplemente “es” o “deviene” de manera más casuística, errática, sin aparente plan detrás<sup>6</sup>.

Cuestión que vuelve a resaltarse, de nuevo desde la partida, desde el título mismo del libro, al sustituirse el viejo y noble nombre con que se designa la ciudad por la sigla y jerga aerotransportista de ahora último —“SCL”— remitiéndonos equívocamente a un destino terminal de “entrada” a la vez que de “fuga” hacia otros posibles rumbos globalizado-mundiales, imprevisibles y fuera de control, a lo menos de un control convencional; de nuevo, desmintiendo el supuesto peso gravitacional que habrían tenido categorías ciudadinas, gubernamentales o nacionales, en tanto aglutinadores y directivos unívocos hasta hace poco<sup>7</sup>.

El punto se vuelve patente en el primer trabajo recopilado en esta antología de estudios arquitectónicos y sociológicos —“Intimidad cultural en espacios de consumo” de Ignacio Farías—, que enfoca y “centra” su atención en un “mall” (el de Plaza Vespucio) de La Florida, en el extremo sur de la capital. ¿Un “lugar-no-lugar”, una utopía, o bien, un “no lugar” a secas, impersonal y transitorio, en el sentido que le da Marc Augé al término<sup>8</sup>? La pregunta cae de cajón toda vez que, desde el subtítulo mismo del artículo, se nos habla de “la imposibilidad de una cultura pública” en la actualidad. Puede ser que tengamos “lugares” públicos pero harían cada vez más falta “espacios” públicos donde la sociedad se pueda observar a sí misma, reflexione y, admitiendo nues-

<sup>6</sup> En clave latinoamericana general, consúltense la larga discusión al respecto, desde luego, textos fundamentales como los de José Luis Romero, *Latinoamérica: Las Ciudades y las Ideas* (1976) y Ángel Rama, *La Ciudad Letrada* (1984). Sobre la importancia del damero fundacional, remítase a Graciano Gasparini, *América, Barroco y Arquitectura* (Caracas, 1972); Gabriel Guarda, “El Urbanismo Imperial y las Primitivas Ciudades de Chile” en revista *Finis Terrae*, 15, Santiago, 1957; del mismo autor, *Santo Tomás y las Fuentes del Urbanismo Indiano* (Santiago, 1965); René Martínez Lemoine, “Santiago, Antecedentes sobre la Fundación y Trazado de la Ciudad” en Pedro Bannen Lanata (editor), *Santiago de Chile: Quince Escritos y Cien Imágenes* (Santiago, 1995), pp. 47-54; y Rodrigo Pérez de Arce Antoncich, “Plaza de Armas de Santiago. El tablero de ajedrez” en Fernando Pérez Oyarzún y otros, *14 Iglesias de Santiago de Chile* (Santiago, 2000), pp. 106-111.

<sup>7</sup> Sobre la naturaleza indefinida de los aeropuertos, véanse las reflexiones de Alberto Fuguet a partir de un suicidio en el Holiday Inn al frente del aeropuerto de Santiago, “Ir de Picnic a No-Lugares (buscando y creando vida en sitios artificiales y de paso)”, en la revista *Sábado* de *El Mercurio*, 23 de mayo de 2009, pp. 26-30.

<sup>8</sup> Cf. Marc Augé, *Los “No Lugares”. Espacios del Anonimato: Una Antropología de la Sobremodernidad* [1992] (Barcelona, 2004). Respecto al carácter de “lugar”, en cambio, de las utopías, me he detenido largamente sobre el punto en Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, *Historia General de Chile. 2. Los Césares Perdidos* (Santiago, 2004).

tras diferencias, nos podamos reconocer unos a otros, integrados en un todo conjunto, vieja tradición algo perdida últimamente. En resumidas cuentas, no es lo mismo una plaza de ciudad con cuatro esquinas que un lugar de consumo con “food gardens”.

Conste que *SCL / Espacios, Prácticas y Cultura Urbana* opera en muy distintos planos: como diagnóstico, como propuesta de cambio, cuando no mera constatación de cierto asombro perplejo. La ciudad está cambiando vertiginosamente, de ahí que nos cueste “hacernos” de ella a fin de convertirla en un espacio amable, armonioso y “con sentido”. Argumento y anhelo *leitmotiv* a lo largo de este libro, aun cuando la evidencia que se acopia —ya veremos— es compleja, también las preferencias individuales de sus autores al respecto. En cualquier caso, el punto que se formula al inicio es más que claro: un “mall” como puerta de entrada a este libro, como introducción al Santiago actual, es tan desconcertante como cuando Pérez Rosales centra su atención en los basurales periféricos.

De hecho, la escenificación total de Santiago, tal como se despliega en este libro, nos remite a un todo fluctuante, siempre periférico, nunca quieto. Los trabajos aquí coleccionados constantemente nos desplazan “hacia”, o bien, “desde” los bordes extremos capitalinos, de manera tal que aunque nunca se pierde de vista el centro o eje público e histórico, éste —valga la redundancia— ya no sería más el “centro” o único centro; de hecho, a éste ya no nos sería posible volver a situarlo. Todo es borde cuando desaparece el centro. Fenómeno que se ilustra incluyendo sendos mapas que grafican este nuevo panorama de la capital. De más está decir que los mapas son clave en este libro; introducen y puntualizan los múltiples lugares de atención que cubren los artículos (incluso dentro de un mismo artículo) a la par que van graficando este creciente efecto caleidoscópico multiplicador. Así como, en un momento, estamos en un barrio de Santiago Centro, en otros se nos desplaza a Maipú, San Miguel, Las Condes, Puente Alto, Recoleta, Ñuñoa, Peñalén o La Cisterna. Las fotografías adjuntas hacen otro tanto.

Es decir, no estamos ante un “nowhere” eventualmente ubicable que es a lo que las ideas utópicas siempre nos proyectan sino ante un “everywhere” en sentido más fluido y líquido<sup>9</sup>. El argumento que reco-

---

<sup>9</sup> Sobre lo “líquido” como característica general de nuestro mundo más actual, remítase a Zygmunt Bauman, *Modernidad Líquida* [2000] (Buenos Aires, 2006).

re todo el libro entraña, pues, una paradoja. Vivimos en un Santiago diluido, en permanente mutación, que se reinventa y (re)descubre a diario, pero que, a su vez, hace presente cierta urgente, imperiosa, necesidad de sentidos comunes lamentablemente cada vez menos comunes.

La calle, por ejemplo. Ésta, por supuesto, no ha desaparecido, tampoco su potencial de congregación masiva. La calle sigue siendo un referente político significativo (véase: “La Calle como Espacio Público: Santiago de Chile 1983-2008” de Daniel Opazo), desde las jornadas de protestas contrarias a la dictadura (los años 80) al “Pingüinazo” (2006) en que volvemos a ver movilizaciones colectivas en Santiago Centro. Ello no obstante, han ido surgiendo nuevas manifestaciones de índole más subjetiva no tan interesadas en “tomarse” la calle como de “apropiarse” de ella para efectos de ganarse la vida, expresarse artísticamente o constituir nuevas formas de identidad o comunidad (remítase a “Jóvenes Malabaristas en el Parque Forestal: Un Entendimiento Práctico del Chile post 90” de Rosario Palacios).

Otro tanto estaría ocurriendo en el plano socioeconómico a nivel de barrio. El fenómeno de una “clase media” urbana transversal se puede constatar tanto en Quilicura (cf. “Arreglando la Casa Propia: La Cultura Material de la Movilidad Social” de Tomás Ariztía) como en Huechuraba (e.g. “Condominios de Huechuraba: Relatos, Discursos e Imágenes de la Vida Barrial” de Francisca Pérez), o incluso, de nuevo en el centro, alrededor del Parque Forestal; en este último sector, involucrando a propietarios y usuarios (consumidores) acomodados provenientes de otros puntos urbanos que revitalizan antiguos espacios decaídos (consúltese: “Cultura Urbana y Clases Medias Emergentes: Consumo Cultural, Identidades y Nuevos Estilos de Vida en el Centro de Santiago” de Christian Matus). Por cierto, todas, variantes de un mismo fenómeno móvil y “aspiracional” pero que, de paso, hacen presente fuertes desniveles. En algunos casos se trata del viejo anhelo de clase media de la “casa propia”, en otros de pobladores erradicados que acceden a una vivienda por fin de buena aunque todavía modesta calidad, mientras en otros, estamos ante procesos de evidente “gentrificación” algo más sofisticados y cosmopolitas.

Similarmente, el último de los artículos —“Ruido, Espacio y Comunidad: Tecnologías de la Comunicación, Paisaje Sonoro y Vida Cotidiana” de Sebastián Ureta— nos traslada a Renca, a un conjunto de viviendas sociales (entre 1980 y 2000, 173 mil unidades de este tipo

fueron construidas sólo en Santiago) en el extremo norte de la mancha o “sprawl” metropolitano santiaguino, donde la concentración está deviniendo alta, si bien con niveles acústicos tan intrusivos (“en la pobreza también hay tecnología”) que, tratándose de espacios bastante precarios, se termina por rebajar la calidad de vida y convivencia en comunidad. Allí donde uno podría esperar cierto grado de solaz doméstico (espacios públicos no existen), paradójicamente, esta privacidad alternativa tampoco es posible. La imagen de condominios periféricos convertidos en fortalezas (imagen cada vez más frecuente a lo largo y ancho de la capital) responde a una clara demanda, desde luego de “seguridad ciudadana” como versa ese reciente nuevo cliché sin que, por eso, sean particularmente idílicos que digamos. En definitiva, una modernidad progresista de la que se aprovecha un cada vez mayor número de grupos, muchos de ellos otrora preteridos; pero que igual, a menudo, no deja de ser desbordante, inorgánica y costosa acarreado, de paso, nuevos problemas que esa misma modernidad resulta incapaz de encarar y resolver.

Por su parte, Paola Jirón, en su artículo “Prácticas de Movilidad Cotidiana: Un Análisis para Revelar Desigualdades en la Ciudad” grafica el asunto aludiendo a la creciente movilidad física de la población, nuevamente abarcando distintos puntos de la capital (esta vez, Santiago Centro, Lo Barnechea y La Florida). Un desplazamiento posible, gracias a innovaciones en transporte público, que nos “aproximan” tanto como nos alejan; una movilidad que así como nos conecta no nos asegura mezcla social alguna, sostiene su autora. La experiencia de mujeres que diariamente demoran varias horas en ir y volver de su trabajo hacen patente una serie de desigualdades y segregaciones graves<sup>10</sup>.

Otro tanto estaría ocurriendo con el cada vez más ubicuo automóvil (cf. “¿Dónde Estacionar?: Prácticas Cotidianas de Reutilización, Apropiación y Resignificación del Suelo Santiaguino” de Tomás Errázuriz). Fenómeno “denso” *par excellence*. Un artículo ya no de lujo, sino útil y necesario, de consumo generalizado; “híbrido” en la medida que nos desplaza entre ámbitos privados y no privados, y que estaría

---

<sup>10</sup> El tema de la segregación social y su proyección urbana cobra cada vez más interés periodístico; véanse, por ejemplo, Sandra Novoa Fernández, “Ciudad Fracturada”, *El Mercurio*, 26 de marzo, 2006, p. B9; y Juan Pablo Figueroa, Jorge Sullivan y Matías Fouilloux, equipo Ciper, “Santiago Ocupado” en revista *Qué Pasa*, 17 julio, 2009, pp. 10-21.

revelando agudas deficiencias en lo que respecta a nuestra arquitectura (doméstica) y urbanismo (público) actuales no habiendo regulaciones o respuestas adecuadas al problema mayúsculo generado por el aumento desmesurado del parque automotriz. De ahí que, al igual que con el transporte público, a los usuarios de automóviles no les quepa más alternativa que “adaptarse” resignadamente dentro de espacios y vías colectivas cada vez más deterioradas.

Por consiguiente, la impresión general con que uno se queda tras leer este libro es claramente el de una ciudad revolucionada, fragmentada, que ha ido perdiendo sus antiguos ejes, arrasada por especulaciones inmobiliarias (cf. “Mapas Cognitivos de Santiago del Nuevo Siglo: *Aquí se Construye* de Ignacio Agüero y *Play* de Alicia Scherson” de Valeria de los Ríos) y afecta a otras “pérdidas”, notoriamente, la descomposición acelerada de su entorno natural. “Santiago es para el santiaguino un ente violento y ajeno que ha demolido y expulsado *lo natural* al margen de sus confines... Santiago es percibido por sus habitantes como un desierto cementado y violento que aniquila y transpone todo aquello que hace del mundo un lugar sublime” (pp. 139 y 150), concluye Ricardo Greene tras revisar relatos y “hablas” testimoniales de sus ciudadanos en “Ciudad v/s Naturaleza en el Imaginario Santiaguino: Tensiones, Representaciones y Tácticas Ciudadanas”. A pesar de sus grandes e indiscutibles avances de ahora último, Santiago para sus habitantes, según el registro obviamente que selectivo que aparece en la muestra confeccionada por Greene, es un “espejismo” del progreso, un hábitat a que se nos está “condenando”, por eso también las fuertes añoranzas de tipo natural que estos trastornos despiertan; desde luego, su belleza paisajística seguiría siendo más llamativa en el imaginario colectivo que su valor arquitectónico y memoria histórica.

Ello no obstante, no todo lo que se presenta en este libro es tan negativo, crítico o apocalíptico como el recuento anterior podría dar a entender. Existen suficientes indicios y alcances que complejizan este diagnóstico. A Santiago, se nos dice, hay que concebirlo, por sobre todo, como un fenómeno emergente en que se ha estado incorporando e integrando a muchos hasta ahora excluidos o postergados. Se trata de una ciudad móvil en lo social y espacial que, crecientemente aunque con lentitud, ha ido admitiendo diversidades ineludibles. Una ciudad a la que sus habitantes responden no sólo pasivamente, también se “apropian” de ella. De ahí la insistencia de varios de sus autores en “produc-



ción de lugar” y en “prácticas”, no sólo construcciones arquitectónicas; de hecho, “apropiación” es uno de los términos discursivos más recurridos, a menudo majaderamente, en los análisis recopilados. Una ciudad cada vez más de clase media en cuanto a sus niveles de consumo y aspiración social, más heterogénea a la vez que, valga la contradicción, homogénea (“todo es borde”). Una ciudad que brinda nuevas posibilidades, si bien a un ritmo, quizá, menos satisfactorio de lo que se espera, lo cual se expresa en ciertas demandas incumplidas y su consiguiente frustración. Nada, sin embargo, que nos debiera angustiar en exceso; todo ello, más bien, expresión del propio malestar que engendran el crecimiento y la innovación, en uno que otro caso con visos brutales, o bien, mixtos, tan beneficiosos como perniciosos, como sostiene Manuel Tironi en su artículo “Tecnologías Múltiples, Infraestructuras Líquidas: Sobre la Performatividad de una Autopista Urbana” en que se analiza el impacto de la autopista Vespucio Norte a la altura de la ex población Angela Davis en Recoleta.

*SCL / Espacios, Prácticas y Cultura Urbana* es un libro sugerente, ilustrativo y provocador. Un “libro espejo”, contradictorio, complejo, al igual que la ciudad y habitantes que retrata. Ciertamente, una colección de miradas que responden a la pregunta inicial que se hacen sus dos editores, Manuel Tironi Rodó y Fernando Pérez Oyarzún: cómo convertir a un Santiago “problema” en un “debate” mediante indagaciones críticas. Propósito logrado en parte, y que viene a complementar otros textos anteriores de similar tipo<sup>11</sup>.

Con todo, el libro, a juicio de este lector, manifiesta ciertas debilidades. La principal es su nulo marco histórico temporal. Salvo en un solo artículo, el de Daniel Opazo (“La Calle como Espacio Público: Santiago de Chile 1983-2008”), el trasfondo político brilla por su ausencia, y eso que, varias veces, se alude a ciertos “hitos” temporales (v.gr. el emblemático “mall” de La Florida), y se reitera la creciente debilidad de

---

<sup>11</sup> Desde luego, *Santiago: Dónde Estamos y Hacia Dónde Vamos* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2006), también un conjunto de estudios, editados por Alexander Galetovic, y que los editores de este nuevo volumen reconocen como antecedente e inspiración. Más reciente, Jorge Francisco Liernur (editor), *Portales del Laberinto. Arquitectura y Ciudad en Chile, 1977-2009* (Universidad Andrés Bello y Co-op, Santiago, 2009), en especial el artículo de Pedro Bannen Lanata, “En Torno a Ciudades y Territorios: Permanencia y Cambio en la Configuración del Paisaje Urbano Chileno en Tres Actos (o Decenios)”, pp. 173-232; y de Andrés Téllez Tavera y Cristóbal Molina Baeza, *Residencias Modernas. Habitar Colectivo en el Centro de Santiago, 1930-1970* (Santiago: Universidad Diego Portales, 2009).

lo público como espacio y orden integrador. En el fondo, el libro opera con un referente innombrable —la reciente dictadura— sin decir nada muy sustancial acerca del proyecto económico modernizador y fundacional que, tácitamente sin embargo (es lo que se da a entender), estaría produciendo los efectos sociales trastornadores. La palabra “neoliberal” no es mencionada en 221 páginas (sí, “neoboemia”), prefiriéndose un término más aguado, el de “capitalismo tardío”. Temas claves simplemente se pasan de largo, por ejemplo: la eliminación de los límites urbanos (la modificación del Plan Regulador Intercomunal de Santiago), las políticas desregulatorias para estimular un desarrollo urbano más rápido y lucrativo, los incentivos a favor de la especulación inmobiliaria, la atomización y desmembramiento de la antigua estructura edilicia que gobernaba Santiago, el carácter segregativo del modelo económico, las erradicaciones de focos de pobreza que afectaron a comunidades preexistentes ya una vez antes, la preferencia por el “sprawl” y su modelo Los Angeles-California, y todo lo que ello trae consigo<sup>12</sup>. El libro, en estos planos, peca de cauto (estamos siendo generosos), o de tímida-mente acrítico u oblicuo cuando correspondería, quizás, una definición algo más frontal. El afán por señalar efectos negativos sin puntualizar responsabilidades, después de un rato, despierta suspicacias.

Ocurre, también, que al dar ciertos rodeos innecesarios, sus autores evitan a menudo lo fundamental. En las distintas monografías recopiladas se insiste mucho en la ausencia de ejes centrales, en que todo estaría diluido o se estaría volviendo “líquido”, infiriéndose de ello que sería precisamente en este plano que los sujetos se “apropian” del espacio, se constituyen en tanto sujetos, y logran cierto margen de libertad: cierta “libertad” o autonomía en los crecientes márgenes que se han ido ofreciendo. Sin embargo, *a contrario sensu*, no parecieran reparar en el contraargumento de rigor: en cierta centralidad —si bien

---

<sup>12</sup> Sobre el fenómeno del “sprawl” véase Robert Bruegmann, “Notas sobre el *Sprawl* Urbano y Santiago” en *Estudios Públicos*, 113 (verano 2009), pp. 207-236; también su libro *Sprawl: A Compact History* (University of Chicago Press, 2005). El artículo de Alexander Galetovic, “Santiago: Mejor que lo que Creemos, pero a Mitad de Camino” en *La Tercera*, 2 de abril de 2006, p. 52, vuelve a tratar el tema de la densidad y extensión en sentido comparativo desmintiendo el fenómeno. Por mi parte, en “El Valle Central (Pasado, Presente y Futuro), Hasta la Vista Baby!” en *Revista de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca*, N° 2, junio de 2008, pp. 36-43, abordo y sugiero la conexión entre el modelo californiano y Chile a lo largo de buena parte del siglo XX y ahora último, cuestión que bien podría estudiarse de modo más sistemático.

“invisible” no por ello menos axial— del poder, y en la posibilidad de que estemos ante meras simulaciones de variedad plural, no de una “libertad” propiamente tal. El dejar hacer y dejar pasar puede que amplíe los márgenes de heterogeneidad y oferta posibles, al igual que ocurre en un supermercado atiborrado de productos, pero ello no obsta que en un supermercado todo esté debidamente catalogado, indexado y se le asigne un valor. Siempre existe un ente central directivo, no menos eficaz porque no se deja notar. Al final de cuentas, en un universo de este tipo, todo tiene un código de barras; nada escapa a esa mínima ingeniería de control y supervisión mercantil. Existe un todo envolvente aunque basado en la pasividad, no en la voluntad activa de los sujetos participantes. De igual forma, la figura del “cluster”, como espacio y “práctica” de cierto autonomismo autogestionado, que tanto fascina a algunos de los autores de esta colección, ¿no será que está constituyendo más bien “ghettoes” (admito que una palabra pasada de moda), es decir, simulacros deficientes de ciudad, justamente lo opuesto a lo que pareciera estar queriéndose valorar? Los malabaristas del Parque Forestal puede que, efectivamente, estén apuntando a nuevas modalidades de asociación y comunidad, pero admitamos que se trata de algo todavía muy precario, probablemente inofensivo por lo mismo que cero político.

Lo anterior me lleva a un segundo gran reparo respecto a este libro. En efecto, este compendio se basa en un prejuicio subentendido que, operando a nivel metodológico, informa y condiciona los resultados de las investigaciones. Concretamente, que procediendo en sentido socio-antropológico o micro-histórico con un sesgo etnográfico-cultural —la idea aquella que para comprender un universo social hay que atender a conglomerados “tribales”, poseedores supuestamente de una alta densidad identitaria, a sus “prácticas” y “usos”— se va a llegar a entender mejor el fenómeno en cuestión. Concedo que el supuesto es teóricamente legítimo y válido<sup>13</sup>. Con todo, surge la duda: ¿mucho mejor que partiendo de criterios socio-políticos tanto más abarcadores?

---

<sup>13</sup> La microhistoria o historia basada en “indicios” tiene, por de pronto, una larga trayectoria en la historiografía contemporánea desde el texto hito de Carlo Ginzburg, *El Queso y los Gusanos. El Cosmos de un Molinero del Siglo XVI* [1976], y sus posteriores obras: *Mitos, Emblemas e Indicios* [1986], *El Juez y el Historiador* [1991], *Ojazos de Madera: Nueve Reflexiones sobre la Distancia* [1998]. En general, sobre la microhistoria, *vid.* Giovanni Levi, “Sobre la Microhistoria” en Peter Burke (editor), *Formas de Hacer Historia* [1991] (Madrid, 1994), pp. 119-143; Justo Serna y Anaclet Pons, *Cómo Se Escribe la Microhistoria* (Madrid, 2000).

El implícito metodológico por el que se ha optado, en este caso en particular, puede ser falso o insuficiente. ¿Qué tan cierto es que para entender el “todo” hay que fijarse en las partes y sus prácticas? ¿No será que, al elegirse esta estrategia de investigación, no se están queriendo hacer cargo del “todo” mismo? Un “todo” evidentemente incómodo. Insisto, en este libro hay mucho más “todo” de lo que se cree. La transversalidad de muchos de los fenómenos que se retratan, los padrones de consumo compartido (*across classes and social lines*), y la perplejidad resultante también universal, lo estarían dando cuenta. Un “todo” que requeriría, pues, de un análisis, quizá, menos parcial(izado).

Ya hice ver que en este libro no se repara suficientemente en el poder central o vertical, por eso quizá se insiste tanto en la fragmentación que, en una de estas, no siempre es tal y cual, o tan extendida. Una fragmentación que, además, los autores no terminan nunca por ponerse de acuerdo consigo mismos. ¿Les parece bien o mal? A veces se inclinan por lo afirmativo como cuando afirman que así se logra más heterogeneidad y pluralismo; a veces, se inclinan por lo contrario, cuando añoran la falta de espacios “públicos”. Pero veamos. Se acoge la tesis, por ejemplo, que “las ciudades con más jóvenes, artistas, homosexuales y etnias son más tolerantes, dinámicas, ricas culturalmente, vanguardistas y con una mejor calidad de vida, y por tanto, más atractivas” (pp. 88-89). Bueno, sí, cómo no vamos a estar de acuerdo con lo anterior. Pero un comentario tan rotundo como ése no termina por dilucidar un asunto, a la larga, bastante más complicado. Tampoco convencen cuando afirman: “El Santiago que apunta entre malabaristas y autopistas; entre *malls*, condominios y poblaciones, es acaso una ciudad más compleja y contradictoria, más entremezclada y problemática, pero también más abierta y esperanzada; con mayores espacios para la creatividad, con una mayor dosis de imaginación” (p. 13). ¿Cuál es el referente con que están comparando? ¿Es que están diciendo que, antes, cuando no se reconocían estas pluralidades, no teníamos libertad ni autonomía? ¿Es que ahora que tenemos más cafés, cine artes, gay pubs, núcleos de sociabilidad étnica, o donde “artistas” y la bohemia local se junta a tomar una copa de vino, multiplicamos nuestros estímulos identitarios y nos parecemos cada vez más a docenas de otras ciudades que también se “sohoizan” o “manhattanizan”? ¿Es por eso que estamos siendo más “auténticos”, más congruentes con nuestras “identidades” apropiativas?

Mucho de todo esto, lamentablemente, suena o parece a estandarizaciones de lo micro, a nichos dirigidos a consumidores puntuales, no por ellos menos focalizados y cuantificables. No tan distinto a cuando, en el supermercado aquel, nos topamos con una amplia gama de productos altamente selectivos, exquisitos, (todo tipo de alternativas de vinos, de comida de perros y gatos, de yogurts, o de aceites de oliva), y nos preguntamos, si es que nos preguntamos, cuán efectivamente mejor alimentados y “libres” estamos de un tiempo a esta parte dada la amplia diversidad que se nos brinda. Francamente, lo dudo. Me basta una sola prueba. Londres es, sin duda, una de las ciudades más plurales del mundo, dónde hay más oferta de estos estímulos pluri-multiplicados, conforme a este sentido más diversificado por el cual se ha estado optando, sin embargo, ese mismo Londres, recientemente, se ha convertido en una de las ciudades más vigiladas del planeta, si es que no la más vigilada, cuestión que ofende gravemente el sentido “político” tradicional de los británicos. No es cierto, pues, que una multiplicación de estímulos de este orden, *per se*, asegure menos vigilancia autoritaria cuando no totalitarismos suaves apenas perceptibles.

Hay buenas razones, pues, para seguir pensando que la principal manera para entender a Chile como país es políticamente, de acuerdo a coordenadas políticas tradicionales, aun incluso bajo el escenario de un desdibujamiento de esa política, como correctamente se hace ver en este libro. No bastan los estudios culturales, micro-históricos, testimoniales, o socio-antropológicos. Efectivamente, son muy atractivos, “buena onda”, muy de este momento, políticamente correctos, y muy de acuerdo a una serie de prejuicios ideológicos subliminales no debidamente reconocidos; pero, así y todo, no son suficientes. De ahí que las críticas que se formulan, como las de este libro, sean tan contradictorias, tan “perplejas” (sospecho que el vocablo a que recurren permanentemente, lo mal usan). Este libro es como los malabaristas que tanto alaban en una de sus monografías. Es cierto, los malabaristas se juntan, se reconocen entre ellos, se asocian incluso, haciendo caso omiso de otras identificaciones. Hay malabaristas gay, malabaristas góticos, y malabaristas punk; hay malabaristas emprendedores, malabaristas autogestores de su destino malabarista, y, también, hay malabaristas comunes y silvestres, malabaristas de siempre: los circenses. Bien para los malabaristas, son cada vez más variopintos, pero de ahí a sostener que el cultivo renovado del arte (¿una suerte de *cultura del malabarismo avant-garde*?) deje

de ocultar lo que es y sigue siendo obvio, ¿no será quizás mucho pedir? Los malabaristas de las calles, de las plazas, de las paradas de luz roja, hacen lo que hacen porque, evidentemente, no tienen trabajo, están cesantes, no tienen otra manera de ganarse la vida, no poseen previsión ni profesión “útil” (no es descartable que la tengan, otra cosa es que les sirva), etc. Parecido a los músicos que se congregan a la salida de los metros. Claro que sí, muy europeo, muy pintorescamente cosmopolita, globalizado el fenómeno, como de Nueva York, París o Londres, pero, admitamos también, muy de países subdesarrollados. Mientras nuestros malabaristas y músicos no resuelvan lo básico, concretamente, que dejen de hacer “teatro callejero” por unos cuantos pesos de limosna, mientras no solucionen ese lío más profundo y social, en sentido político como se le ha entendido siempre, me temo que seguirán estando como están, políticamente a la intemperie, con las pelotas y palitroques en el aire, “en suspenso”. Un poco como la ciudad que les mezquina lo espacial sustantivo no obstante proveerles subsidiariamente lo escénico-adjetivo. En este caso, nuestro Santiago.

Vicuña Mackenna estaba en lo correcto. Hacer de poblamientos otrora indígenas luego urbano-españoles, un algo más que una aldea grande, pero dejando el centro verdaderamente *metropolitano* fuera del alcance local, público y común, no asegura, nunca ha asegurado, una ciudad auténticamente pujante libre y civil.

**Palabras clave:** Santiago (Chile); urbanismo; ciudad; cultura urbana; lo público; microhistoria. □